



III

¡NAN! ¡NAN! ¡NAN!

CONTINUACIÓN DE LA OJEADA GENERAL Á LA BUENA

CIUDAD DE TARASCÓN

A la pasión de la caza, la fuerte raza tarasconense une otra: la de las canciones.

Es increíble el número de las que, impresas ó manuscritas, se consumen al año en ese país singular.

Todas las antiguallas sentimentales que amarillean olvidadas en los musiqueros, tienen cabida y son aceptadas como nuevas en Tarascón.

Allí se encuentra cualquiera composición musical, por vetusta que sea.

Cada familia tiene la suya, y la ciudad entera sabe, por ejemplo, que la canción favorita del boticario Bezuquet, es:

«¡Tú, blanca estrella que adoro!..»

La del armero Costecalde:

«¿Quieres venir al país de las cabañas?..»

La del recaudador de contribuciones:

«Si yo fuera invisible, nadie me vería...»

(Canción cómica.)

Y así en todas las familias de Tarascón.

Dos ó tres veces por semana se reúnen en una ú otra casa y se canta; pero lo más raro es que siempre son las mismas piezas, y que, no obstante los muchos años que se usan, aquellos buenos tarascónenses no tienen ganas de variarlas.

Es un legado de familia, y, por lo tanto,

cosa sagrada. Cada canción es, si puede decirse, de la exclusiva propiedad de, que la tiene como signo característico



y jamás se atreverían en casa de Costecalde á cantar la de Bezuquet, ni en el domicilio de éste la de aquél; y, sin embargo, bien podéis comprender que la

saben de memoria á las mil maravillas.

Pero no ; cada cual guarda la suya , y todo el mundo está contento.

En cuanto á las canciones , como respecto á las gorras , el primero de la ciudad era , sin duda , Tartarin ; y la superioridad de éste consistía en no tener ninguna , sino en poseerlas todas . ¡ Absolutamente todas !

Y ¡ cosa rara ! los que tan á sangre y fuego defendían las suyas y perseguían con furia á los que se permitían reproducirlas , experimentaban un júbilo indescriptible cuando escuchaban á Tartarin cantar indistintamente la que mejor se le antojaba . Verdad es que era muy difícil hacérselas cantar .

Nuestro hombre era un héroe , y ya hacía tiempo , cansado de sus triunfos de salón , prefería la lectura de los libros de caza ó pasar la velada en el Círculo , á exhibirse delante de un piano de Nîmes , alumbrado por dos velas de Tarascón .

Algunas veces , no obstante , cuando se tocaba ó cantaba en casa del farmacéutico , entraba como por casualidad , y des-

pués de hacerse rogar mucho , consentía en cantar con la señora Bezuquet , la madre , el gran dúo de *Roberto el Diablo* .

Quien no haya oído esto , no ha oído nunca nada .

De mí sé decir que aun cuando viviera cien años , me acordaría siempre del gran Tartarin acercándose al piano con paso majestuoso , apoyándose en él y bajo el reflejo verde de las bombas del escaparate del establecimiento , procurar dar á su fisonomía la expresión feroz y satánica de Roberto .

Apenas se hallaba colocado , cuando un estremecimiento general se apoderaba de los concurrentes , como si fuera á suceder algo extraordinario , y después de un momento de silencio la señora Bezuquet , la madre , empezaba , acompañándose :

Roberto , tú á quien amo,
y que mi fe recibiste,
ahora mira mi espanto,
ora mira mi espanto.
Piedad , piedad por ti ;
piedad , piedad por mí .

Y en voz baja añadía : “ Ahora os toca

á vos, Tartarin,; y éste, con el brazo extendido, el puño cerrado, decía con voz formidable, que retumbaba como un trueno: "¡No! ¡No! ¡No!...", Cuyos monosílabos, como buen meridional, los pronunciaba diciendo:

—“¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...,”

Y la señora Bezuquet repetía:

Piedad, piedad por ti;
piedad, piedad por mí.

—“¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...,” aullaba cada vez con más fuerza Tartarin.

No era muy largo en su recitado, como veis; pero la mímica era tan propia, tan diabólica, que una conmoción de terror recorría toda la concurrencia y le hacían repetir su “¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...,” cuatro ó cinco veces seguidas.

Y después, Tartarin enjugaba su frente empapada en sudor, sonreía á las señoras, guiñaba el ojo á los hombres y, retirándose triunfante, se iba al Círculo y decía con aire modesto:

—Vengo de casa de Bezuquet: he cantado allí el dúo de *Roberto el Diablo*.

Y al creerlo todos, sintiendo no haberlo escuchado, él se lo creía también.

Era el soberano de Tarascón, y claro es que en el Casino nadie se hubiera atrevido á socavar su soberanía.





IV

!!!ELLOS!!!

Los talentos de Tartarin eran tan indiscutibles como diversos; todos lo reconocían así, y á esos talentos debía sin duda alguna nuestro héroe su buena reputación en la ciudad.

Era además una verdad innegable que aquel demonio de hombre se granjeaba la voluntad de todo el mundo.

La guarnición era entusiasta de él, y,

por lo tanto, su partidaria decidida. El bravo comandante Bravida, oficial 1.º retirado de Administración militar, decía de Tartarin: "¡Es un valiente!". Y claro está que de tal afirmación no podía dardarse, porque aquel bizarro militar debía de ser perito en la materia.

La magistratura le apreciaba también, pues dos ó tres veces, en pleno Tribunal, el anciano presidente Ladeveze había dicho de él:

— "¡Es un gran carácter!".

Y, en fin, el populacho le idolatraba. Su obesidad, su modo de andar, su aire, un aire de buen caballo de trompeta que no se asusta por el ruido; su fama de héroe, nacida no se sabe cómo, y el reparto de algunos céntimos, acompañados de no pocos cachetes á los pequeños limpia-botas instalados delante de su puerta, habían hecho de él el *lord Seymour* de la localidad, el rey de los mercados tarasconenses.

El domingo por la tarde, cuando Tartarin volvía de caza con su gorra en el cañón de la escopeta y bien abotonado su chaquet, los mozos de cuerda del mue-

lle se inclinaban respetuosamente á su paso, é indicando con una mirada sus enormes brazos, se decían unos á otros con admiración:

— ¡Ese sí que tiene fuerzas!... los unos.

— ¡Tiene DOBLES MÚSCULOS! añadían otros.

— ¡DOBLES MÚSCULOS! repetían los demás.

Sólo en Tarascón se oyen estas cosas.

Y, sin embargo, á pesar de sus numerosas aptitudes, de sus *dobles músculos*, del favor popular y de la estimación tan valiosa del comandante Bravida, Tartarin no era feliz: la vida que hacía en aquella ciudad, le ahogaba.

El gran hombre de Tarascón se aburría allí.

La verdad es, que para una naturaleza tan exuberante como la suya, para un alma aventurera é ilusa, que no soñaba sino con batallas, correrías por las Pampas, grandes cacerías, arenas del desierto, huracanes y ciclones, era muy triste dar todos los domingos una batida á la gorra, y lo demás del tiempo pasarlo en administrar justicia en casa del armero Costecalde...

Cierto es que todos se sometían á sus

deliberaciones, y que nadie trataba de apelar contra sus fallos: pero... ¡pobre grande hombre!

A la larga, era cosa de que muriese por consunción.

La sociedad tarasconense no le bastaba; aquella atmósfera le era insuficiente; no le satisfacía la caza de la gorra, y su esfera de acción allí era asaz reducida.

En vano que para alimentar su imaginación y para eludir la holganza y la ociosidad del Círculo, se rodeara del baobab y otros vegetales africanos; inútil que amontonara armas; en balde que alimentase su espíritu con lecturas novelescas, procurando, como el inmortal Don Quijote, arrancarse por el vigor de su sueño á las garras de la despiadada realidad... ¡Ay! Todo cuanto hacía ganoso de calmar su sed de aventuras, no servía sino para aumentarla.

La vista de sus armas le mantenía en estado continuo de cólera y excitación. Sus rifles, sus flechas y sus lazos le gritaban: "¡Batalla, batalla!". El viento que soplaba entre las ramitas del baobab le daba malos consejos y, para remate, le

incitaban con sus inventivas Julio Verne, Fenimore Cooper, Gustavo Aimard y otros novelistas de gran renombre.

¡Oh! ¡Cuántas veces, en las largas tar-



des de verano, estando solo leyendo en su gabinete, se levantó Tartarin rugiendo, tirando el libro y precipitándose sobre la pared para descolgar las armas de su panoplia!

El pobre hombre, olvidando que se ha-

llaba en su casa de Tarascón, rodeada la cabeza con un pañuelo de seda y en calzoncillos, se identificaba de tal modo con su lectura, que, exaltándose con el sonido de su propia voz, vociferaba blandiendo un hacha ó un *tomahawk*:

—¡Que vengan ellos ahora! decía.

¡Ellos!

¿Quiénes eran ellos?

¡Ellos! era todo lo que ataca, todo lo que combate, todo lo que muerde, todo lo que araña, todo lo que aúlla, todo lo que ruge.

¡Ellos! era el indio sioux bailando alrededor del poste en donde está atado el desgraciado blanco.

¡Ellos! era el oso de las montañas que se balancea y se lame con su lengua llena de sangre.

¡Ellos! eran el *tuareg* del Desierto, el pirata malayo, el bandido de los Abruzos... ¡Ellos, en fin, eran ellos!...

Es decir, la guerra, los viajes, las aventuras, la gloria.

Pero ¡ay! por más que el intrépido tarasconense *los* llamara y *los* desafiara... *ellos* no aparecían nunca...

¿Y para qué habían de ir á Tarascón?

Sin embargo, Tartarin *los* esperaba siempre, y sobre todo, hubiera deseado hallárselos cuando por la noche se dirigía al Casino.





V

TARTARIN CAMINO DEL CÍRCULO

EL caballero templario preparándose para la lucha contra los infieles; el *tigré* chino disponiéndose para el combate; el guerrero comanche entrando en el sendero que conduce al sitio de la batalla, no son nada comparados con Tartarin de Tarascón armándose para

29874

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

ir al Círculo, á las nueve de la noche, una hora después de la retreta.

Zafarrancho de combate, como dicen los marinos.

En la mano izquierda Tartarin llevaba un rompecabezas con púas de hierro; en la derecha un bastón con estoque; en un bolsillo el revólver, en otro el puñal, y en el pecho, entre la elástica y la camisa, un cris malayò.

Verdad es que se abstenía de llevar las flechas envenenadas; eso no: Tartarin era de noble condición, y las consideraba como armas ajenas á todo hombre bien nacido; ¡armas desleales para el enemigo y para el que las usa!...

Antes de salir, en el silencio y la soledad de su salón, se ejercitaba un momento en el manejo del florete, y después, cogiendo la llave, atravesaba el jardín sin apresurarse y abría bruscamente la pesada verja de hierro, de modo que pegara contra la pared... Si *ellos* hubieran estado detrás... ¡qué tortilla los hiciera!

Por desgracia, *ellos* no se hallaban allí.

Abierta la puerta, Tartarin salía, lan-

zaba una rápida ojeada á derecha é izquierda, cerraba con doble vuelta la llave y echaba á andar.

El camino estaba solo; no se veía ni un gato. Las puertas se hallaban cerradas, apagadas las luces, y, por lo tanto, reinaban las tinieblas; solamente un farol brillaba entre las nieblas del Ródano.

Arrogante y tranquilo, Tartarin de Tarascón marchaba de noche, haciendo sonar sus tacones á compás y arrancando chispas de las piedras con la contera de su bastón.

En los bulevares, calles y callejuelas, tenía siempre mucho cuidado de andar por medio de la calzada, excelente precaución que permite ver venir el peligro, y, sobre todo, evitar lo que durante la oscuridad cae algunas veces de las ventanas en las calles de Tarascón.

Al verle tan prudente, no crea nadie que Tartarin fuese pusilánime... ¡No! Era que tomaba sus precauciones.

La mejor prueba de que no tenía miedo es que, en vez de ir al Círculo por el paseo, iba por la ciudad: es decir, por lo más largo, por lo más solitario, por un

sin fin de callejuelas, desde las que se ven rielar siniestramente las aguas del río.

El pobre hombre esperaba siempre que en alguna de aquellas revueltas, ellos se lanzaran desde la sombra y cayeran sobre él. Ellos hubieran sido bien recibidos, de seguro. Pero ¡ay! por una burla del Destino, nunca se presentó á Tartarin la suerte de tener un mal encuentro; ni un perro, ni siquiera un borracho. ¡Nada!

Algunas veces, no obstante, oyó ruido de pasos, voces ahogadas... "¡Atención!", se decía nuestro héroe; y se quedaba plantado, procurando ver en la oscuridad, tomando el viento y apoyando el oído en el suelo, como hacen los indios.

Los pasos se acercaban, las voces se dejaban oír más próximas... Ya no había que dudar. Ellos llegaban... Ellos estaban allí, y ya Tartarín, echando chispas por los ojos, sin aliento, se recogía como un jaguar y se preparaba á saltar lanzando su grito de guerra..., cuando de repente, entre la sombra, oía á algún conocido que decía con mucha calma:

—Es Tartarin... ¡Eh, adiós, Tartarin!... ¡Maldición! Era el boticario Bezuquet con su familia, que venían de cantar *la suya* en casa de Costecalde.



—¡ Buenas noches, buenas noches! re-funfuñaba Tartarin, furioso por su equivocación; y con cara feroz proseguía su marcha.

Cuando llegaba á la calle del Casino,

el intrépido tarasconense esperaba todavía un momento, paseándose arriba y abajo delante de la puerta, y, por fin, cansado de esperar y convencido ya de que *ellos* no se presentarían, echaba en la oscuridad una postrer mirada de desafío, y murmuraba iracundo:

—“¡Nada!... ¡Nada!... ¡Siempnada!...”

Y entraba en el Círculo á jugar su partida con el comandante.



VI

LOS DOS TARTARIN

CON tan marcado afán de aventuras; con tanta necesidad de emociones fuertes; con una verdadera pasión por los viajes, ¿cómo era que Tartarin no se había ausentado alguna vez de su país?

Porque es un hecho plenamente comprobado que hasta los cuarenta y cinco años el valeroso tarasconense no había traspasado los límites de la ciudad que le vio nacer.